

rioso, y se ha estado platicando con él cuatro horas. Esto os esplicará el motivo porque quiere hacerlo retratar." Tuvo aún otras muchas visiones semejantes que seria muy largo referir.

No ignoraba tampoco la suerte de las almas que bajaban á las prisiones del purgatorio. Un día dijo en plena asamblea en el Oratorio, que su discípulo Animuccia acababa de salir de él y habia subido al cielo. Otra vez anunció á Antonio Luccio, que su padre se habia librado de aquellas prisiones. Tampoco le era ménos conocido el estado de las almas, durante la vida. Decía del padre San Ignacio, fundador de la compañía de Jesus, que era admirable la hermosura de su alma, y aseguraba haber visto brillar muchas veces sobre su rostro un celestial resplandor. En otra ocasion que se encontró con San Carlos Borromeo, dijo que su rostro era para sus ojos el de un ángel. Otro tanto manifestó de Juan Bautista Saraseno, que con el tiempo fué general de los Dominicos y murió en olor de santidad.

Quiso Dios tambien, que aun los demonios se le apareciesen para su propia utilidad y la de otros. Un día mandó á Antonio Luccio que exorcizase á una muger energúmena, y que la azotase para insultar al demonio. Irritado vivamente éste espíritu orgulloso, se le apareció la noche siguiente y dejó en su cuarto una horrorosa hediondez, que se notaba aun despues de mucho tiempo. Otra vez conversaba de cosas de Dios

con sus discípulos, y se levantó repentinamente diciendo: "Postraos, hermanos míos, y rogad á Dios: el demonio está ahí en la puerta." Se arrodilló él tambien y puso la señal de la cruz al enemigo de la salvacion, diciéndole: "No entrarás aquí." Desapareció en efecto, y el santo volvió á continuar apaciblemente su ejercicio. En otro dia tambien encontró en la puerta de la iglesia á este espíritu infernal, bajo la forma de un niño; pero le bastó mirarle con ojos severos para hacerle huir. "¿Visteis aquel niño? preguntó á Gallonio que lo acompañaba, quien respondiéndole que sí, repuso el santo: "No os engañéis: ese no era un niño, sino el demonio que queria sin duda alguna, jugaros una mala partida."

Pasaba una vez por las Thermas de Dioclesiano, y vió á la puerta de este antiguo edificio, á un jóven que presintió ser un mal espíritu. Fijó en él su atencion, y notó que cambiaba continuamente de figura, pareciéndole ya jóven, ya viejo, ya hermoso y ya feo. Le mandó interiormente que desapareciese, y desapareció al instante. Mucho tenia que sufrir dia y noche, de las persecuciones del espíritu infernal; porque este monstruo, hacia cuanto podia por aterrarlo, y se le mostraba aunque inutilmente, bajo toda clase de formas. Pero no hacia mas que invocar á la dulcísima Maria, y quedaba tranquilo.

Ninguno podia hablar con mas propiedad que él, respecto de visiones, por la larga experiencia que

habia adquirido tanto de las buenas, como de las malas. Por lo mismo, sus doctrinas sobre este punto, merecen llamar nuestra atencion. Hé aquí algunas de sus sentencias en esta materia. “No debe confiarse ligeramente en visiones, decia, porque esta es una cosa muy peligrosa. Las visiones, tanto buenas como malas, las tienen ordinariamente los que no las desean; pero aun estos deben temer mucho alusinarse. Le es difícil al favorecido de visiones divinas, no envanecerse con ellas; mas difícil creerse poco digno de ellas; y muy difícil considerarse indigno absolutamente, y preferir á su suavidad, la humildad, la obediencia y las demas sólidas virtudes, que valen incomparablemente mucho mas. No debe hacerse caso alguno de aquellas visiones y revelaciones que no traen utilidad para nosotros, para nuestros prógimos, ni para la iglesia. No deben los confesores, decia, creer ligeramente en revelaciones, que pretenden tener sus penitentes, especialmente las mugeres. Estas cosas maravillosas puede sujerirlas la malicia del demonio; y muchas veces son juegos de su imaginacion; pero juegos crueles que han perdido ó comprometido muchas almas.”

Recomendaba á sus discípulos que se abstuvieran, quanto estuviera de su parte, de toda cosa extraordinaria, que trajera consigo el temor de desagradar á Dios. “Esta resistencia, añadía, es uno de los mas seguros medios de que podreis echar

mano para discernir los favores del Cielo, de las que no son mas que ilusiones.” Esto mismo hacia él en casos semejantes: por ejemplo; hablaba un dia á su congregacion, y sintiéndose atraido por un éxtasis, hizo quanto pudo para evitarlo, y cuando vió que ya no podia continuar su discurso, se dió un golpe de pecho y dijo: “El que quiera tener éxtasis y visiones, no sabe lo que quiere.” Despues de lo cual, se puso á llorar y se retiró prontamente. Hablaba en otra ocasion el padre Bordini acerca de esta materia, en un sermon que predicaba en el Oratorio, y Felipe que estaba presente, tomó la palabra despues de él, y dijo: “Yo tuve entre mis penitentes, una muger muy santa, favorecida de éxtasis casi continuos, durante un largo tiempo, pero que despues no volvió á tener uno. Ahora bien ¿cuando os parece que me ha admirado mas esta muger? Cuando la he visto reducida á un estado comun.

Le consultaba un dia un director, qué consejo deberia dar á una muger piadosa que veia frecuentemente á Jesucristo y á santa Catalina de Sena, y le respondió: “Las visiones son un lazo en que las mugeres se dejan prender con mucha facilidad. Ordenadle que no haga ningun caso de esas visitas, que las despida, y si no se quieren ir, que les escupa á la cara.” Aquella hija verdaderamente obediente, hizo lo que se le mandaba, y le fué tan bien, que desde aquel dia hizo admirables progresos en la virtud.

Uno de sus discípulos creyó ver una noche á la Santísima Virgen María, coronada de un celestial resplandor, y vino muy gozoso al dia siguiente á contar al santo esta aparicion. “Vos habeis visto á un demonio, le dijo, y no á la Santísima Virgen. “Si vuelve otra vez, escúpidle en señal del desprecio que merece ese monstruo del abismo.” Volvió en efecto, la noche siguiente, y el discípulo obediente hizo lo que su maestro le había mandado, con lo cual desapareció aquella vision.

Sin embargo, no tardó en volver á aparecer; pero aquella vez era en efecto la augusta y bondadosa María. No lo creyó así el discípulo de Felipe, é iba á escupirle el rostro; pero la Señora le dijo: “Escúpeme si puedes.” En vano lo procuró, porque su boca estaba completamente seca y no le proporcionó saliva alguna. “Apruebo tu obediencia, hijo mio, añadió la Madre de Dios, y solo he venido para premiártela.” Al decir esto, desapareció la Señora, dejando la alma de aquel hijo suyo inundada en un mar de delicias.

Un médico llamado Antonio Tucci, soñaba en una enfermedad gráve, con una religiosa de eminente virtud. Encontróla un dia sumergida en un éxtasis, y admirado de lo que veía, aguardó á que volviese en sí. Entónces ella fijó en él sus ojos, cosa que no acostumbraba hacer con nadie, y le dijo: “¡Oh doctor, os he visto tan lindo en el paraiso!” El médico se fué al mo-

mento á contar la cosa al padre Felipe; pero apenas habia entrado á su casa cuando se sintió malo, y se fué á acostar. Su enfermedad progresaba de dia en dia, y conoció que debia prepararse para morir. Estando en esta resolucion vino á visitarle un médico desconocido, y le aseguró que sanaría y viviria aun por largo tiempo. Pero habiendo venido tambien Felipe pocas horas despues, le dió parte de las esperanzas que le habia dado aquel médico. “¿Qué médico ni qué médico? le dijo el santo. Es el demonio que quiere engañaros cerrando los lazos que os detienen á la vida.” Avisado Antonio de aquel fraude, se sometió enteramente á las órdenes de la providencia, y á pocos dias murió santamente.

Matias Maffé, sacerdote muy amigo de nuestro santo, tuvo una noche la vision siguiente: le pareció que iba, acompañado de este buen padre, por una vasta llanura en que se encontraba una multitud innumerable de hombres que parecian ser otros tantos reyes; y mientras contemplaba la riqueza de sus vestidos, toda aquella pompa se desvaneció, y fué remplazada por un horrible incendio: en seguida apareció un ejército de demonios que se formaron en batalla al derredor de aquella hoguera. Matias estaba en un rincon creyéndose seguro; pero llegó á verlo uno de aquellos monstruos infernales, el cual corrió hácia él, é hizo cuanto pudo para arrastrarlo á aquellas llamas. El se defendió fuertemente, y sonriéndose Felipe

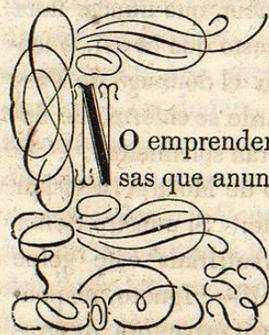
de su valor, le tomó de la mano y le condujo por un sendero lleno de abrojos y espinas que lo despedazaban de una manera extraordinaria. Por último, llegaron á un bello prado terminado por una colina del mas gracioso aspecto, en cuya falda se encontraban tres ángeles ricamente vestidos, de los cuales, dos tenian en sus manos unas antorchas encendidas, y el tercero llevaba una cruz procesional. Se pusieron en movimiento, y vinieron á encontrarlos, marchando tras ellos en armonioso concierto dos dilatadas filas de bienaventurados, y al pasar por delante del santo y su discípulo, unos saludaban al primero, y otros comprometían al segundo para que los siguiese; pero este no se movia á causa de una gran timidez; mas Felipe tomó la palabra diciendo: “No, todavía no es tiempo; todavía no.” Toda aquella multitud, despues de haber dado una vuelta, se dirigió hácia la colina por un camino lleno de flores y sembrado de frondosos árboles, en cuyas ramas se mecian pequeños angelitos, que con voces encantadoras entonaban el *Gloria in excelsis Deo*. En la cima de la colina, habia un palacio luminoso, en el cual entró la procesion, dejando todo lo demas solitario y silencioso. Pasado todo esto, Maffé despertó de su sueño.

Cuando amaneció, quiso confesarse, y se fué á ver al padre, quien le dijo luego que entró: “Vos sois un hombre que dais mucho crédito á lo que soñais.” Sonrióse Maffé, y se puso á contar-

le lo que le habia sucedido; pero el santo le interrumpió, y le dijo mirándole con ojos severos: “No se va al cielo soñando; es la buena vida tal cual conviene á un hijo de Dios y de la Iglesia, la que os ha de llevar allá. Repetía frecuentemente que los que no tienen álas, deben caminar por tierra y no querer volar por el aire. En lo que daba á entender, que las visiones y revelaciones, solo son propias de las almas que vuelan en álas de la perfeccion, y que lo demas no es mas que un verdadero embuste del espíritu de mentira.

CAPITULO XXVII.

Predicciones del espíritu profético de Felipe.



NO emprenderé referir aquí todas las cosas que anunció nuestro santo, á consecuencia de las revelaciones con que Dios le favorecia. Diré, sin embargo, lo bastante para convencer á mis lectores, que pocos santos le igualaron en el don